EL LOTO BLANCO

MENSUARIO TEOSÓFICO

ÓRGANO DE RELACIÓN ENTRE LOS TEÓSOFOS
ESPAÑOLES E HISPANO - AMERICANOS



1923

TOMO VII — AÑO VII

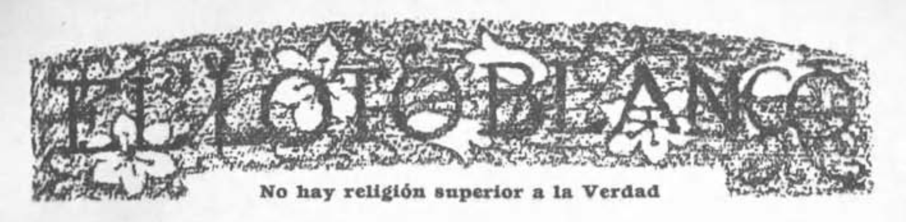
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

APARTADO, 954.

BARCELONA



ÍNDICE DE 1923



LA RESPONSABILIDAD DE LOS ARTÍCULOS FIRMADOS CORRESPONDE A SUS AUTORES, Y A LOS TRADUCTORES EN LAS TRADUCCIONES

Al entrar en el séptimo año de su publicación, cambia El Loto Blanco de vestidura y preséntase con un trajecito nuevo, como celebrando la consagración sin ceremonial de la segunda fase de su vida.

Siguiendo el objetivo por el cual fué creado, haciéndose eco del afecto y unificación de todos los teósofos españoles, saluda, atravesando los mares, a los hermanos de América, fundiendo en el ideal común los latidos uniformes de nuestra sangre latina. Después saluda igualmente a los teósofos de todos los países y de todas las razas para que el nudo de afecto indisoluble redunde en beneficio de la inmensa familia humana.

Que el año que empieza sea para la causa teosófica pródigo en labores fructíferas. Y que cuando el vientecillo adverso levante entre nosotros el polvillo engañoso que nos oculte mútuamente la diafanidad de nuestras almas, elevemos al cielo la mirada y leamos la inmensa página donde están escritos indeleblemente como juramentos dados ante una deidad poderosísima, nuestros grandes anhelos, nuestras altas promesas, nuestras nobles aspiraciones, nuestros magnos fines.

La Redacción.



SALUTACIÓN DE LA PRESIDENTA EN SU CUMPLEAÑOS

La salutación que os dirijo a vosotros, mis hermanos del mundo entero, la escribo rodeada de los Himalayas. Pero de éstos no se ve ni el más pequeño fragmento, envueltos como están por las nubes nacidas de la tierra. Mas ¿he de dudar yo por esto de que estén aquí las montañas con sus verdes pendientes, sus enormes peñascos y sus agudas y nevadas cimas que penetran en el mismo cielo? ¿He de creer, pues, que no son más que fantástica obra de la imaginación?

No, en verdad; porque yo las he visto y las he hollado y lo SÉ.

Con igual certidumbre, con idéntica seguridad, sé las inmutables verdades de la Sabiduría Antigua; de la Jerarquía que guía; del Instructor del Mundo, que inspira; de la Voluntad Encarnada que gobierna. Los Himalayas podrán volverse polvo, pero Ellos residen en lo Eterno. Veo la Estrella que brilla sobre la Isla Blanca. Alzad los ojos, hermanos míos, y la veréis. Entonces podréis arrostrar sin temor los embates de la tempestad.

ANNIE BESANT.

1.° Octubre 1922.

¿ES UN DEBER ACUSAR?

POR H. P. BLAVATSKY

(De un artículo de la revista LUCIFER de diciembre 1888, reproducido por la revista norteamericana THE BEACON)

(Traducción de J. Garrido).

«No acuses a ningún ausente; y cuando te veas obligado a reprobar, »hazlo cara a cara, pero amablemente, y con palabras llenas de ca»ridad y de compasión. Porque el corazón humano es como la planta »kusulí; abre su cáliz al suave rocío de la mañana, pero se cierra an»te los chaparrones».

Precepto Budista.

«No juzguéis para no ser juzgados».

Aforismo Cristiano.

Muchos de nuestros más celosos teósofos se ven ante un dilema, aunque sea triste decirlo. Hay causas pequeñas que a veces producen grandes efectos. Existen personas que permanecerían imperturbables en la más cruel operación, y resistirían la amputación de una pierna, y sin embargo promoverían un alboroto y renunciarían a su derecho a ocupar un puesto en el reino de los cielos, si para poseerlo tuviesen que permanecer callados cuando alguien les da un sencillo pisotón.

En el 13.° número de *Lucifer* (septiembre, página 63), se publicó un artículo sobre «El significado de una promesa». De los siete puntos que constituyen la promesa entera, (solo se dan seis), el 1.°, 4.°, 5.° y especialmente el 6.°, requieren gran fuerza moral de carácter, una voluntad de hierro unida a mucho altruismo, prontitud al renunciamiento y hasta el propio sacrificio, para cumplir tal compromiso. Sin embargo, docenas de teósofos han firmado inconscientemente esta solemne «Promesa» de trabajar en pro de la Humanidad olvidándose de sí mismos, sin una palabra de protesta, salvo en una cuestión. Por extraño que parezca, es la regla tercera la que hace que el solicitante dude y enseñe la oreja. *Ante tubam trepidat.* Los mejores y más bondadosos de ellos, se alarman; y se quedan tan anodados ante el sonido de trompeta de esa tercera cláusula, como si tuviesen el destino de las murallas de Jericó.

«Me comprometo a no oir sin protesta ningún mal que se diga de mi hermano teósofo, y abstenerme de acusar a otros».

El practicar esta regla de oro parece muy fácil. El escuchar sin protesta el mal que se diga de *alguien* es una acción despreciada desde la más remota edad del paganismo.

« Escuchar la calumnia es un mal,
« pero no encontrar respuesta es peor;

dijo Ovidio. Quizá era esto peor por un motivo, como agudamente notaba Juvenal, porque :

« La calumnia, el veneno mortal
« siempre encuentra facil acceso
« en las mentes abyectas;

y *en la antigüedad*, pocos querían pasar por tener tales mentes. ¡ Pero ahora !...

En verdad, el deber de defender al prójimo atacado por una lengua venenosa durante su ausencia, y el abstenerse en general « de acusar a otros », es la misma vida y alma de la Teosofía práctica; pues tal acto es el guía que le conduce a uno al estrecho Sendero de la « vida superior », esa vida que nos lleva al objetivo que ansiamos alcanzar nosotros. Magnanimidad, Caridad y Esperanza son las tres diosas que presiden esa «vida». El «abstenerse» de acusar a nuestros prójimos es la tácita afirmación de la presencia en nosotros de las tres divinas hermanas; el condenar por un «se dice» muestra su ausencia. «No escuches al chismoso ni al acusador», decía Sócrates. «Porque, así como descubre secretos de otros, así te llegará el turno». No es dificil evitar a los murmuradores. Donde no hay demanda, la oferta pronto cesará. «Cuando se abstenga la gente de *prestar oido al mal*, entonces los que hablan mal se abstendrán de mal hablar», dice un proverbio. Acusar es glorificarse uno a sí mismo sobre aquel a quien acusa. Los fariseos de todas las religiones no han hecho otra cosa desde el momento que se desarrollaron las religiones intolerantes. ¿ Haremos nosotros lo que ellos ?...

Acusar y deshonrar a un hombre en vez de compadecerle y de tratar de darle la mano para ayudarle en sus dificultades, con pretexto de que en una reunión de leprosos hay que ser leproso, es como quejarse de que una habitación esté a oscuras, en lugar de encender tranquilamente una luz que la alumbre y disipe la obscuridad. «Los malos comportamientos se fortalecen con las malas palabras»; y no puede un mal general evitarse o curarse haciendo mal uno mismo y eligiendo a alguien que cargue con las culpas de toda una comunidad, por procuración. Por este motivo, nosotros acusamos a las Sociedades en general, no a sus individuos; señalamos la podredumbre de nuestra tan elogiada civilización; indicamos los perniciosos sistemas de educación que a ello conducen, y mostramos los fatales efectos sobre las masas. Tampoco

somos parciales. Prestos a ofrecer en cualquier momento nuestra vida por la *Teosofía* (esa gran causa de la Fraternidad Universal por la cual vivimos y alentamos), y queriendo escudar si es preciso a todo teósofo con nuestro mismo cuerpo, *denunciamos tan franca como enérgicamente la desviación de las orientaciones originales sobre las que se edificó la Sociedad Teosófica primitivamente, y el gradual desvirtuamiento y socavación del sistema original, por la sofistería de varios de sus representantes más elevados...*

Porque nuestro favorito aforismo: «Ved como estos cristianos se aman los unos a los otros», tiene ahora que ser parafraseado diariamente, y casi a toda hora, diciendo: «Contemplad como nuestros teósofos se quieren los unos a los otros». Y temblamos al pensar que, a menos que muchos de nuestros procedimientos y costumbres sean abolidos o rectificados, un día llegará en que la revista *Lucifer* tendrá que exponer a la verguenza pública muchas cosas que a nosotros se refieran, tales como, por ejemplo, el culto del personalismo, la falta de caridad, y el no sacrificar la vanidad personal al bien de otros teósofos; y esto habrá que hacerlo aún más «vehementemente» que lo ha hecho denunciando las diversas lacras y abusos de poder de las Iglesias oficiales y de la Sociedad moderna.

Entre tanto, hay teósofos que olvidando la viga en su ojo, creen seriamente de su deber denunciar toda paja que perciben en el ojo de su prójimo. Así pues, uno de nuestros más estimables coolaboradores, y miembro de nobles pensamientos, escribe con respecto a dicha tercera cláusula:

La «promesa» obliga a no hablar nunca mal de nadie. Pero yo creo que hay ocasiones en que una acusación severa es un deber a la verdad. Hay casos de traición, de falsedad, de indignidad en la vida privada, que deben ser denunciados por aquellos que tienen la seguridad de ellos; y hay casos de pública venalidad y degradación, que los buenos ciudadanos deben fustigar infatigablemente. La cultura teosófica no sería un don preciso para el Mundo, si impusiese el afeminamiento, la «debilidad, la relajación de la contextura moral»....

Nosotros sentimos sinceramente que un hermano dignísimo mantenga un criterio tan equivocado.... «Una acusación severa es un deber a la verdad». Lo es; pero a condición, sin embargo, que uno denuncie y combata la *raíz* del mal y no disipe su ímpetu desmochando las irresponsables flores de su planta. El horticultor que sabe su oficio, descuaja las plantas parásitas, y no pierde el tiempo en cortar los brotes de las hierbas perjudiciales. Si un teósofo es empleado público, juez o magistrado, abogado, o hasta predicador, entonces desde luego que es un deber para su país, para su conciencia y para aquellos que en él han puesto su

confianza, el «denunciar formalmente» todo caso de «traición, falsedad, y de indignidad» *hasta* en la vida privada; pero *(nota bene)*, únicamente si a él se apela y se le llama a ejercer su autoridad legítima, no en otro caso. Esto no es «calumniar» ni «condenar», sino sencillamente trabajar por la humanidad, tratando de preservar a la sociedad, que es una porción de ella, de imposiciones y perjuicios; o protegiendo la propiedad de los ciudadanos, confiada a su custodia como empleado público, de ser dilapidada. Pero, aun en caso tal, el teósofo puede aparecer en el magistrado, y mostrar su magnanimidad, repitiendo, como el severo juez de Shakespeare : «La hago brillar más que nunca, cuando administro justicia».

Pero, ¿qué es lo que un miembro de la S. T. independiente de toda función o cargo público, y que no sea ni juez, ni fiscal, ni predicador, tiene que ver con los errores de sus prójimos? Si un M. S. T. se ve que es culpable de algunas culpas de las indicadas o de delitos aún peores, y si otro miembro llega a tener pruebas irrefutables a este efecto, puede que llegue a ser su penoso deber dar conocimiento de ellas a la Junta Directiva de su Rama. *Hay que proteger a nuestra Sociedad, así como a sus numerosos miembros. Estos sería también justicia lisa y llana. Una exposición natural y veraz de hechos no puede considerarse como «calumnia» o como acusación de un hermano.* Entre esto, en todo caso, y entre la maledicencia deliberada, hay todo un abismo. La tercera cláusula concierne únicamente a los que no siendo en modo alguno responsables de los actos de sus prójimos o de su comportamiento en la vida, los juzgan sin embargo y los condenan en toda oportunidad. Y en tal caso, esto es «escándalo» y «maledicencia».

Así es como entendemos la cláusula en cuestión; y no creemos que al imponerla, la «cultura teosófica» imponga «el afeminamiento», la debilidad o el relajamiento de la contextura moral», sino lo contrario. El verdadero valor no tiene nada que ver a lo que se nos alcanza, en la acusación; y hay poca virilidad en criticar y en condenar al prójimo a espaldas de él, sea por perjuicios que haya hecho a otros o a nosotros mismos. ¿Consideraríamos las virtudes sin par inculcadas por Gautama el Buda o por el Jesús de los Evangelios como «afeminamiento»? En ese caso, la moral predicada por el primero, ese *código moral* que el profesor Max Muller, Burnouf y el mismo Barthelemy Saint Hilaire han declarado ser unánimamente *la más perfecta que ha conocido el mundo*, debe ser sólo un conjunto de palabras sin sentido, y el sermón de la Montaña sería mejor que no se hubiese escrito nunca. ¿Es que nuestro corresponsal considera la enseñanza de la no resistencia al mal, la bondad para todos los seres y el sacrifi-

cio de uno mismo en bien de los demás como debilidad y afeminamiento? Aquellos preceptos «no juzgues para no ser juzgado» y «vuelve tu espada a la vaina, porque el que emplea la espada, con ella perecerá», ¿deben considerarse como un «relajamiento del sentido moral» o como *la voz de Karma?*,.

Pero nuestro corresponsal no es el único que piensa así. Muchos son los hombres y las mujeres, buenos, caritativos, abnegados y dignos en todos conceptos, que aceptan sin vacilación todas las otras cláusulas de la «promesa», y que se sienten incómodos y casi tiemblan ante este artículo especial. Pero, ¿por qué? La respuesta es sencilla: *simplemente porque temen un perjurio inconsciente* (para ellos), y *casi inevitable.*

La moral de la fábula y su conclusión son sugestivas. Es ella un golpe duro a la educación cristiana y a nuestra sociedad moderna civilizada en todos sus círculos y en todo país *cristiano.* Este cáncer moral, (la costumbre de hablar despiadadamente de nuestro prójimo y de nuestro hermano en toda oportunidad), ha conmovido tanto el corazón de todas las clases de la sociedad, de la más baja a la más alta, que ha conducido a los mejores de sus miembros a que desconfíen de sus lenguas. *No se atreven a confiar en sí mismos,* en que se abstendrán de condenar a otros, por la fuerza del hábito. Este es precisamente un ominoso «signo de los tiempos»....

¿Quien osará negar que en nuestra época, en su aspecto general, la sociedad moderna se ha convertido en una vasta arena de asesinatos morales, perpetrados entre dos tacitas de té y alegres bromas y carcajadas? La sociedad es hoy más que nunca una especie de degolladero internacional donde, bajo las ondulantes banderas del salón.... y el culto vaivén del mundo, cada uno se convierte por turno en víctima sacrificial en cuanto vuelve la espalda, el cordero inmolado, cuya carne es olfateada con placer por la Sra. Sábelotodo.... Las víctimas tendrán que sufrir inaudito martirio moral, saber por escritos y por *amigos* que han sido culpables, en tal o cual momento de la vida, de cada uno y de todos los vicios y faltas enumeradas en aquel Centro amenazador....

Tales son los resultados de la calumnia; y desde el punto de vista de Karma, muchos de tales casos *son más graves que un homicidio cometido en un arrebato.* Por lo tanto, aquellos que quieran hacer la «vida superior», entre los «*colaboradores*» de la Sociedad Teosófica, deben comprometerse por esta solemne promesa, o permanecer siendo miembros zánganos.... ¿Quien osará sostener que la cláusula 3.ª no sea un principio fundamental del código de moral que debe guiar a todo teósofo que aspire *a serlo de verdad?*

H. P. BLAVATSKY.



EN UN DULCE CREPÚSCULO INDO...

A María Solá, como un tributo
y como una deuda.

Miró al cielo, y bajo el influjo inmenso de la cómbea pupila del infinito severa y hermética, profunda y esquiva, languidecieronen silencio sus grandes ojos de loto. . .

Yamartha caminaba lentamente sobre la roja lengüeta del atajo tortuoso que serpenteaba con avidez culebrina entre el mar tranquilo de la herbosa alfombra glauca. Sobre las crestas de sus ondas inmóviles, la espuma de las florecillas sangraba también a las gotas de luz de aquel crepúsculo oriental.

Paróse el discípulo, replegó su manto, y extendió la mirada de sus ojos meditativos por el horizonte de fuego donde el disco truncado del sol poniente ofrecía la gloria de un arco de grana, inmenso, sin rayos, que lentamente se abría y limitaba sobre el insignificante ondeo de la azulada cordillera que el oro de su lumbre fulbeaba.

Era el instante del pasmo. La naturaleza rezaba al infinito la oración del silencio bajo el manto de púrpura del cielo. Cesaron las agudas cantilenas de los ruiseñores, el balar de las corzas, el eterno ramoneo de las gacelas, ébrias de amor. La brisa plegó sus alas, doblaron sus pétalos las florecillas rojas y húmedas como labios humanos ofrecidos al beso, inclinadas, delirantes, fervorosas. A sus pies, la hierba postrada como una multitud enferma, ahogaba impotente contra los suelos el mudo rezo que no sabía... Hasta las almas penitentes de las piedras oraron por las bocas enormes y torcidas de sus resquebrajaduras plegadas en un rictus plácido...

Y la oración de la tarde elevábase como el férvido vaho de mil alientos, cándida, balbuciente, en un cántico aspiratorio sin murmullos ni palabras...

Por el oriente, muy lejos, perforando el cielo de un verde de algas, los picos candentes de los Himalayas engalanaban de púrpura las nieves eternas en el oficio augusto.

Yamartha, entonces, juntó sus manos delgadas y morenas junto al brocíneo pecho, reclinó la hermosa frente que unos bucles desprendidos velaron a medias, entornó sus grandes ojos de loto, y unió su plegaria a la inmensa plegaria de las cosas...

Cuando terminó, el fuego de las cumbres benditas había huido con el rey del día; las nieves perpetuas albeaban de nuevo su blancura inmaculada.

Desplegó la brisa sus alas, trinaron sus alborozados adioses los pajarillos, meció la hierba el sueño de las flores, y un suave gemido placentero como el balbuceo de un niño dormido, agitó la naturaleza en el dulce inicio de la noche...

Por el occidente el cielo desmayaba sus oros marchitos. A trechos, el guipur livoso de unas nubes, como girones de un manto roto, reemplazaba la brillantez de ambar del astro perdido.

Yamartha avanzó de nuevo por el caminillo tortuoso con los ojos bajos, en su habitual actitud meditativa, borrando con las suelas de sus sandalias sobre el polvo, como obedeciendo a los preceptos de un imaginario ritual, las huellas uniformes de unos pies desnudos...

Aquel sendero conducía a un claro bosquecillo que cubría una muy leve colina.

Yamartha desapareció entre las columnas caprichosas de aquel templo vivo, bajo el bordado techo del follaje.

* * *

— Que la bendición de los Rishis descienda sobre tí como las amorosas ramas del baniano que te cobija, y que tu plegaria vespertina sea más dulce que el Soma sagrado, ¡oh Bhagavan!

Y el discípulo postróse humildemente a sus pies, hasta que el beso frío de la hierba rociada humedeció sus labios.

Sonrió el Maestro en su actitut extática, abrió los ojos, extendió la mano derecha que reposaba sobre la plegada rodilla, y hundió los dedos pálidos acariciando dulcemente la endrina espesura de la cabellera de Yamartha.

— Que los Devas alumbren eternamente tu sendero, discípulo.

Alzó Yamartha la frente humillada, y su mirada ansiosa bebió con avidez el claro fulgor de las pupilas del Maestro.

— El manto gris de una diosa trágica envuelve de nuevo tus

desvelos y derrama en tus ojos el perfume amargo de sus melancolías — continuó tras una pausa que era como una interrogación callada.

Y ansioso de penetrar el fondo misterioso de aquella alma querida donde dormia con sueño leve el tesoro escondido de todas las dichas, en tono a la vez imperativo y tierno:

—Yamartha, — dijo — Visikitcha [1] te enlaza en las redes sutiles de sus brazos engañadores.

Y clavó su mirada escrutadora en el bello y doloroso semblante del discípulo. Una dulce sonrisa compasiva transparentó la oleada de ternura del alma del Maestro que, brotando de la escondida fuente íntima de sus ternuras, se derramaba dulcemente por los surcos de sus ojos como una catarata cristalina, pródiga y clara.

— Lanú, mi hijo muy amado. Vierte la redoma de tus dolores en el jardin de mi corazón. Tu harás brotar el milagro de sus flores más bellas.

Y apartó suavemente con ternuras maternales unos bucles de su frente triste, negros como la tenebrosidad de una noche obscura.

Yamartha, reclinado, con el codo apoyado sobre la hierba, contemplaba pensativo por entre los negros troncos de los árboles la vega interminable, cuya cantante policromia desmayaba en tonos cárdenos, moribundos, convulsa y agitada por el fresco oreo vespertino. En el confin del cielo verdoso, la cara de la luna emergia tímida, roja de rubor del largo sueño del dia.

El discípulo suspiró largamente y cerró los párpados hasta que el arco sedoso de sus pestañas azuladas descansó sobre el bronce dorado de sus mejillas.

Y de nuevo, el cálido ritmo de su voz velada turbó el nocturnal silencio con sus ondas temblorosas.

—Tres veces ha que la pálida Tchandra [2] vela desde la altura el sueño feliz de los enamorados. Tres veces ha nacido tenue y curvada como una cuna de plata, y tres veces ha ostentado la hermosa plenitud de su redonda gema.

Tres lunas han cruzado el tenebroso azul desde que el vaho impuro de mi aliento fogoso empañó la transparencia de tu aura en la calma de tu meditación.

Si, Maestro, entonces, en aquella larga fase de mi vida, que la razón pudorosa intenta ocultar con el velo del olvido, llamé desvalido y enfermo al hospitalario hogar de tu alma, ansioso de reposar a la vera de tu lumbre consoladora...

(1) La Duda,

(2) La Luna.

Y ¡oh paradoja! —clamó sonriendo extrañamente —tú, tan comunicativo y presto otras veces al sano consejo, a la bienhechora insinuación, al largo prodigar de tus doctrinas clementes; tú, el más dulce de los hombres, el que vierte incansable con la constancia de los grandes ríos el líquido fructificante de su gracia fecunda como un caudal inagotable, oiste aquel día inconmovible, con semblante risueño y mudo, la íntima y trágica epopeya de mi vida...

Con la sola luz amorosa de tus ojos y el soplo cariñoso de tu aliento, lograste un día que un ansia extraña naciera en mí, iluminando los lóbregos confines ignorados de mi ser.

¿Por qué callaste, aquel día? ¿No veías en mis ojos las rojas luces del sol poniente morir desmayadas como trágicas sombras de agorería?

Una sola frase tuya vibró en mi oído, tan extraña, tan cruda, tan dulcemente severa, que las ramas compasivas del banano que te cobija descendieron hasta mí y se agitaron sin el soplo de la brisa para acariciar mi frente.

«Aíslate, bucea en tu corazón, y arranca la raíz del deseo» me dijiste. En aquellas palabras, me diste a beber la cicuta del alma...

Y desde entonces, sellaste para mí tus labios a la luz de la verdad, como la boca de piedra de la esfinge egipcia.

Esperaste tranquilo a que yo implorara y por ello me la diste breve y dulce, pero de un hondo sedimento muy amargo...

Yo quise antes, mi amado Gurú, que el eco de mis extravíos moviera tus consejos. Yo hice llegar el loco clamoreo de mis orgías a tus oídos, mas en vano. Me trataste, empero, predilectamente, tributándome todas tus atenciones mundanas y paternales como a un niño frívolo.

Y el volcán crecía en mí, más ardiente de tus consejos, cuanto más ardía la fiebre de las pasiones en la candente fragua de mis venas.

Parecía que en lo más íntimo de mi alma, se concertaba un reñido pugilato entre estas dos fuerzas opuestas: el delirio de la pasión y el delirio de la sabiduría. Era ya una lucha inmensa. Cuanto más crecía la una, con más fuerza sentía alzarse la otra.

Hasta que imploré lloroso y febricitante aquí a tus pies, en aquella noche clara, al tenue titilar de las estrellas, cuando la gloria de la hermosa Tchandra atravesaba el cielo con su rueda radiosa...

Y Yamartha cerró de nuevo los ojos. Ante el pianísimo concierto numeroso de las campestres vocecillas, en el rumoroso silencio de la noche cercana, su aliento remembrante, desigual y poderoso, semejaba una profanación.

—¿Por qué me abandonaste en el dolor de mi soledad, cuando

más ansiaba el dulce calor de tus palabras, oh Bhagavan? — Y miró con la fijeza avasalladora de sus ojos desmayados y ardientes, profundos y pasionales, la serena faz del Maestro, más pálida bajo las blancuras del turbante.

—¿Y qué hiciste, Yamartha, durante el largo nacer y morir de las tres lunas pasadas? — preguntó el Maestro con una leve sonrisa, inclinando graciosamente la cabeza blanca con una expresión de sorprendente maravilla, como quien ansía conocer el desenlace de un cuento.

— ¡Seguí el sendero de la aniquilación! — respondió Yamartha violento y resoluto. Y tras una pausa, continuó con voz más calmada, que desmayaba a trechos en guturales cadencias temblorosas.—Observé tus palabras, huí a las lejanías de la selva solitaria. Allí permanecí de noche y de día, a las aplastantes ardencias del sol, y al tranquilo luminar de los luceros. Purifiqueme con el ayuno y la meditación, hasta que la raíz del deseo consumióse en el barro sangrante de mi corazón desecho. Era tan grande la hierba maldita, tan reina y señora de mi pecho, tan entretejida con la blanda entraña palpitante, que con la raíz venenosa, arranqué mi propio corazón.

Sentime débil, decadente y flácido, y en el pecho mío que sentía hueco, resonaban frías como en un templo abandonado y vacío los mantrams de mis diarios ritos y el clamor de mis plegarias.

Ya no sentía el ansia vehemente de mis pasadas aventuras. Ya el anhelo mortecino de los báquicos festines había muerto en mí, dejando en la pira de mi alma las negras cenizas del recuerdo vago.

Pero escucha ahora, oh tú el más sabio conocedor de las humanas flaquezas. Desde entonces morí para mí mismo, y morí también para la vida.

Arrojando de mí el motivo de mis ansias, arrojé el alimento de mi propio dolor que era el sustento de mi alma. Sentí una sed creciente e invencible, como un monstruo extraño e insospechado que viviera sin saciarse de mi gozar y de mi sufrir. Era un sufrimiento sordo que me hacía sufrir porque no sufría. Era un anhelar de anhelos, era un ansia de goce de penar por no poder gozar. Un vivo delirar por delirios que, sin embargo, ni quería ni sentía. Era como si llorara mi propia muerte sin órganos ya para llorar.

Entonces, oh mi Gurú, sentí horror ante el cadáver de mi cuerpo y de mi alma.

Probé con titánicos esfuerzos despertarme ante el riente milagro de la aurora, abriéndole mis brazos al nacer, que conmoviera antaño hasta el delirio los alados resortes ocultos de mi espíritu, y postreme ante la trágica despedida de Suryadeva cuya placidez bendita evocara la exaltada ternura de mis lágrimas en la calma

serena de tantos crepúsculos pasados... Pero la oración surgía sin alma de mis labios marchitos.

Principiaba el sol su ruta ampulosa ante el maravillado asombro de la naturaleza devota, despierta y limpia en las mañanas diáfanas, y moría en la tierna despedida de las cosas, sin que el ejemplo de la vida rodeante resucitara de mi alma los himnos muertos. Quise penetrar el misterio de un lirio en capullo que rozaba como un tierno piquito cerrado otro lirio en flor, prometiéndole las primicias aromosas de su cáliz virgen. Y la oda querida murió informulada, rompida en fragmentos que la naturaleza rimaba como un dulce sarcasmo a mi impotencia.

Quise glosar en una trova ligera como en tiempos felices el amor fraterno de una hormiguilla que, manteniéndose ignorada, impulsaba sin ser vista un grano coloso que arrastraba con fatiga una hermana más pequeña. Quise descifrar en un alado poema, evocando tragedias, el epílogo de dos rocas abrazadas, de faldas musgosas, que miraban sus caras grotescas e informes en el cristal de un río, y nada tampoco; mi corazón ya no latía a los estímulos tiernos que le hicieran palpitar.

Entonces, en el desvelo del plenilunio pasado, busqué las cifras del número santo que llevé desde la infancia grabadas con fuego en mi corazón. Descubrí el sagrario donde guardaba el amor de mi madre. La imaginé velando a la vera de mi lecho, cuando niño, mientras dormía; la ví llorando de amor ante la varonil hermosura de mi cuerpo adolescente; hasta llegué al horror de imaginar que moría solitaria de añoranza por mi olvido.... Y te ví a tí también, el segundo de mis santos amores, en la santidad de tu meditación, fundiendo tu aura en el amor del Universo. Ví la sonrisa de niño de tu boca, mientras pronunciabas las lecciones más profundas y más sabias que yo bebiera con extraña avidez.

Y ni el amor de mi madre ni tu amor, oh Gurú — clamó con voz más alta, como si pronunciara la sentencia definitiva — agitaron una sola partícula de mi muerta entraña, humedeciendo el hirsuto cristal de mis ojos.

Desde aquel momento, huyendo la vida de mi alrededor, me hallé siempre con la espantable efigie inmóvil de mí mismo en una perpetua expresión de horror, ante cada pensamiento del universo vacío. Y para huir de mi sombra que crecía y crecía en la tenebrosidad sin ecos de la noche selvática, me lancé otra vez en el báquico torbellino de la inmunda orgía en busca del calmante del goce o del dolor...

Era un furor, un ansia loca de sensaciones en la anulación de la sensación. Probé otra vez ansiosamente de la copa prohibida de todas las incitaciones.

Los senos desnudos y morenos de Hamay, la más hermosa bayadera, palpitaron ante mí, a la música cristalina de sus ajorcas de plata; y Julaé la más castiza tocadora de la India, rasgó los hilos argénteos de su vina milagrosa a los suspiros voluptuosos de sus cálidas romanzas temblantes y evocadoras...

Después busqué en los libros santos el misterio del ser, queriendo descifrar los magnos problemas de las cosmogonías, como en los largos desvelos de mis noches pasadas.

Y en mi pecho, en el lugar de mi corazón, como en la castidad de la selva solitaria, sólo palpitaba la fría sombra de mí mismo...

Matando el deseo, he matado mi bestia y mi divinidad....

Dame la vida otra vez, oh Bhagavan, vencedor de los dolores, rey de las alegrías. Tú, que has vislumbrado la luz poderosa del Nirvana bendito, dame la vida otra vez, dame la vida...

Y se abrazó suplicante a los pies del Maestro.

Contempló él largamente el cuerpo de Yamartha yacente a sus pies, acariciando con sus dedos pálidos, casi etéreos, los rizos de seda de sus luengas barbas. Después, inclinándose, levantó suavemente, por debajo del mentón la hermosa cabeza del discípulo.

— La inquietud, — principió con la musicalidad cascada de un surtidor delgado — es una forma más sutil y poderosa del deseo. Cuando cerramos a la fierecilla la puerta de escape de sus correrías y agotamos por el hambre la noción de su recuerdo, penetra en el interior, y ruge y se inquieta extraviada en los obscuros laberintos del alma. Para conocer humanamente la naturaleza de la fierecilla, preciso es contemplar sus abiertas fauces a la luz de las puertas de escape. Tú tienes sitiada por hambre la fiera de tus pasiones en las obscuras cavidades ignoradas del corazón. Si la luz de la divina sabiduría no alumbra sus lobregueces, no descubrirás la fiera acurrucada en el rincón más hondo; pero está allí realmente, llena de vida. Yo sigo sus rugidos en la fiebre de tus protestas y en el desvío de lo que tu llamas muerte, que no es más que una fase nueva, una modalidad de la más potente vida...

Si simbolizamos al deseo en una fierecilla que habita en nuestro corazón e intentas matarla cerrando de golpe las puertas exteriores por donde se solaza y expande, dejándola morir de inanición, es facil, lanú, que aunque tenga mucha vida, al cabo muera infectando el aire puro de la mansión del sentimiento con las larvas de la putrefacción, sintiendo hasta su muerte el perpetuo ulular de su agonía.

Pero ni aun por medio de este procedimiento forzado, la fiera de la pasión no muere en un día, Yamartha.

Tú no sientes todavía más que la angustia primera de los bramidos de su fauce hambrienta, sin lograr definir la naturaleza de sus gritos que no oyes, pero que percibes.

Abres de nuevo espantado las puertas de escape del mundo exterior, y al ver que no asoma enseguida, avezada ya a las obscuridades interiores del laberinto de tu corazón, sufres la creencia de su muerte con su propia angustia y dolor. Tu voz, mi amado discípulo, no es más que el eco doliente de su voz...

El que ha matado de inanición la fiera, no puede sentir ya ni el ansia remota de sufrir por no sufrír. pues que ha matado la causa del ansia del goce y del sufrimiento...

Libra, no obstante, discípulo la bestia de tus deseos, de esta muerte forzada. La Ley de la evolución suele castigar a los que, huyéndola, tropiezan frecuentemente entre sus garras...

En el terreno del despertar normal, la fierecilla citada, nace, crece, declina, y muere naturalmente sustentando durante una larga etapa la vida ínfima de la conciencia en el lento y progresivo peregrinaje del ser... Ella sale triunfante, impetuosa, llena de apetitos por los abiertos escapes de los sentidos, y vuelve rendida, pero fiel a su procedencia, los despojos del convite engañoso, como experiencias necesarias que anota en el registro del alma la pluma presta de la conciencia...

En el período de su potente plenitud, cuanto más devora, cuanto más abarca y aniquila, más anota la pluma atenta en el libro misterioso.

Y cuando muere consumida, harta ya de todos los manjares que ofrece el pródigo festín del mundo, se retira al recinto ocultó, donde yace archivado el registro del alma, y muere dulcemente, inadvertida, casi incorpórea, sin apenas agonía...

Estas son, hijo mío, las demostraciones apológicas de las dos modalidades extremas de los muchos medios de que puede valerse el hombre para agotar el objeto de su pecado y de su gloria...

La primera es el medio más rápido, pero el menos racional y conforme al plan preestablecido por la Divinidad, y el más peligroso: matar de golpe la sensibilidad.

El segundo es la descripción de la ruta normal apenas sin esfuerzo que sigue la inconsciente mayoría.

Pero tú, Yamartha, no puedes seguir ni un sendero ni otro. Tus ojos, tan bellos como los del divino Krishna adolescente, deben emular su ardiente expresión adormilada por los sones de su flauta mágica...

Tu eres poeta... el noble cantor de las glorias pasadas de tu casta bramana, y el que presta voz al quedo murmurar de la neturaleza tuya, siempre tuya, en sus horas de furia y en sus horas de calma...

Tu eres el conocedor de los secretos, el hijo predilecto y mimado de la bendita Madre.

—Calla, calla, mentor venerable; no aumentes mis angustias evocando mis perdidas glorias. Desde que maté el deseo, la reina Maya no mece en su regazo al mísero Yamartha, enseñándole en sus brazos sus canciones.

Soy el hijo pródigo, que, volviendo desamparado a la vida, la vida le rechaza con una mueca fría...

¿Por qué hiciste marchitar las flores de mi corazón, arrancando la raíz de mis pecados? Descíframe tú, el más sabio de los hombres, el enigma de la eterna paradoja del alma humana...

Y prendió con ansia el áncora salvadora de su mirada insondable en la sonriente orilla de los labios del Maestro.

—Cuando el hombre ha vislumbrado la luz potente de la divina sabiduría en el sagrario de su templo interior y se postra en silencio ante la lamparilla oscilante de su alma, la fierecilla del deseo truécase insensiblemente en una planta misteriosa cuyas raíces, al igual que las floridas ramas, crecen y se desarrollan en la blanda tierra de su corazón. La planta poderosa del deseo puede abarcar toda la gama de los vitales elementos; desde el más sutil de las dévicas esferas hasta el demoníaco de la más espesa materialidad.

Las raíces, asomando al exterior, extraen su lárvica vida del limo de la tierra.

Las movibles hojillas de las ramas, al compás del viento que sopla, aplauden o imploran, se inclinan hacia la tierra, o se agitan hacia el cielo. Las flores sedosas y blancas, de pétalos de nelumbo, forman en lo alto el penacho glorioso, mirando siempre al cielo como las cumbres nevadas de la cordillera bendita...

Ellas extraen su seda y su aroma del eter puro...

Cuanto más abras las cenitales ventanas de tus sentidos a las purezas del infinito, más numerosas y ufanas crecerán las flores. Cuanto más abiertos los pórticos subterráneos, más recios crecerán los mucosos filamentos de la raigambre inmunda.

Para bucear en el propio corazón y extraer la raíz del árbol del deseo, necesario le es al discípulo aislarse en la soledad de su alma en medio del tumulto.

No huye del mundanal ruido el que se ampara en el silencio de la selva solitaria, sino el que en medio de los báquicos clamores es capaz de penetrar en la soledad de su corazón. No puede el hombre conocer su naturaleza pasional, sino en el álgido latir de sus más fuertes sensaciones. ¿No era en el sádico goce de la orgía donde con más fuerza se agitaba tu pasión? Allí debiste encontrar la soledad del aislamiento y arrancar la raíz de la misma tierra de donde extraía la succión alimentaria.

En la soledad sin ecos de la selva, donde se agita y se alimenta

la planta toda, arrancaste la maligna raíz, tronchando las ramas y tronchando las flores...

No importa, discípulo; el rocío mismo que emana de la vida pura las sanará con el tiempo, como sana el sol las heridas profundas aun sin conciencia del enfermo.

Tu necesitabas la lección inconcebible del dolor de la negación porque tenías conciencia del mal que hacías en el albedrío de la posesión de la plenitud. Conociste la gracia de la sabiduría y te lanzaste, conciente de su mal, en el torbellino de todas las concupiscencias, y por ello, eres más responsable.

El grado de la facultad es la moneda con que se estipula el precio de la acción.

La sabia ley de los equivalentes opera en todos los planos y en todos los mundos.

—Pero era la fuerza de aquella misma sabiduría lo que me impulsaba. Su poder me arrastraba en sus alas al soplar de todos los vientos. Era una fuerza inmensa, fatal, invencible.

—Cierto que según una ley harto conocida en el sendero del ocultismo, siempre el desarrollo de las facultades sutiles reacciona con fuerza inaudita sobre la parte inferior. Ello se atiende precisamente como la respuesta de la Divinidad, aunque es una ley simple y consecuente. Mas al compás de la reacción material, resultado de la expansión volitiva, sucede otra que podríamos llamar super-reacción, que se manifiesta como el poder de subyugar la impetuosidad responsiva de la parte inferior del hombre. Es la tercera respuesta que opera el equilibrio.

Al grito de marcha del caballero que otea de golpe el camino entre las brumas, responde el caballo con el ímpetu de una carrera desbocada. El hábil jinete, entonces puede usar de las riendas que tiene en su poder para refrenar y dirigir el conveniente compás del paso del bruto y no dejarse arrastrar por él por sendas desviadas hasta que los barrancos enzarzados tumben al caballo y al caballero...

—En medio del barranco estoy, maltrecho y con la cabalgadura muerta, sin esperanza y sin rumbo...

—No creas tal, mi amado lanú; el bruto potente ha caído al borde mismo de la buena senda. En el descanso de la caída cobrará nuevos bríos, y s i el noble caballero le estimula con las promesas del terreno llano, llegarán entrambos a la meta por el camino de la experiencia. Pero, entiende bien; el hombre consciente no debe coartar jamás el libre paso del bruto, mientras no ande por los bordes peligrosos de los despeñaderos del mundo...

—Es tarde ya para mí, venerable Gurú; presiento muerto ya el fogoso alazán de mis deseos para encauzar sus ímpetus.

Y corrió el desmayo de su mirada por los llanos confines del prado dormido cuyos contornos borraba la cercana noche.

Transcurrió un momento; el pacífico influjo de la nocturna calma semejaba anonadar las voces con su imperativo mandato silencioso. En aquel momento, un tenue batir de alas agitó el sueño de unas matas, y a los rayos oblícuos de la luna fría mostró su policromo plumaje una torcaz extraviada, zureando dulcemente en la búsqueda del calor del amado en el nido perdido.

Yamartha volvióse y cubrió con su mano el lomo azulado de la paloma azorada. Cesó el tierno lamento de la avecilla que mansamente se introdujo presta en el refugio de su manto. Al tibio contacto de su cuerpo agitó el ahuecado plumaje en un largo arrullo voluptuoso y acurrucóse en un pliegue como el retozar amoroso en el hueco del nido, agitada, inquieta, buscando con afán con su piquito, el pico del ave amada... Luego, acaso en el desencanto de la soledad del nido fingido, agitó ruidosamente sus alas en el silencio del bosque, brillaron sus ojillos ambarinos a la luz de la luna, y huyó elevando las lucientes plumillas de su penacho azul, ahogando en un extraño silbido el ansia de su arrullar de amores...

En aquel mismo momento, sopló más fuerte el áurico aliento, y desprendiendo una flor de un tallito cercano, la arrastró en sus alas invisibles, ofreciendo la pureza de sus blancuras sobre la falda del Maestro, entre sus plegadas rodillas. Miró el discípulo atentamente el hueco de su manga a cuyo calor se refugiaba el ave amorosa, miró luego la nívea flor sobre las rodillas venerables, y adivinando en aquella sutil respuesta de la Divinidad el símbolo de la pasión del ave y la encarnación de la pureza en la flor, suspiró largamente, y cerrando los ojos meditó.

El Maestro le contemplaba complacido, sonriendo beatíficamente...

Después, como si no se hubiera apercibido del significado oculto de la breve escena, prosiguió serenamente con la música plácida de su voz cascada:

—El hombre, para hallarse a sí mismo, busca su complemento en la dualidad semejante, como si fuera un espejo. Toda ansia de exteriorización no es más que la necesidad del propio conocimiento interno, la confirmación de nuestro propio ser. Nos conocemos sólo al chocar con las cosas, del mismo modo que no percibimos el agua sino al través del recipiente que la contiene.

Llega sin embargo un punto, en que el alma humana, mirando a lo alto, pierde el entero conocimiento de su imagen material que reconoció en las circunstancias mundanas. Entonces, sin fuerza bastante para asir lo elevado, ni para al propio tiempo re-

tener lo bajo, piérdese frecuentemente en el vacío de la no dualidad, que es como perder la noción de uno mismo.

Preciso es entonces para el discípulo el cable de la fe, que es el convencimiento firmísimo en la existencia superior aunque no haya atravesado sus umbrales. Los libros sagrados dicen: «A menudo los hombres fracasan en la gran abstracción de adwaita, (la no dualidad) por no haber reconocido el correspondiente ardor de bhakty, (devoción)».

Este es el cable de oro que tiende para tí la belleza de la vida infinita, latiendo en la infinita sabiduría de las formas. El cielo se contempla en la tierra. Por ellas descubrirás los secretos de la gran alma del mundo, la única guardadora de la inagotable felicidad.

La adoración de la Divinidad en los ídolos naturales deben ser ahora las únicas sencillas prácticas de tu rito diario.

Une tu canto al canto de la naturaleza y subirás alegre, peldaño tras peldaño, la escala de la liberación. Ese torbellino viviente de poder y de alegría intensísimos que circunda a los bienhechores Hermanos de la raza es un estado de plenitud cambiante y moviente dentro del seno de la paz, que no es negación ni silencio en el lato conceptuar de la palabra y cuya definición escapa a los vuelos de la más abstracta concepción humana.

Sacude, pues, el peso de la tristeza y de la duda, las hermanas solitarias que velan a la puerta misma del conocimiento divino y que impiden la entrada al caminante ansioso.

Abandónate a las ternuras de la vida que te mece. No te resistas. Escucha atentamente el tenue clamor de las cosas que te llaman. Ellas mismas te enseñarán, palabra por palabra, los fragmentos alados del poema de las dichas.

En tu poder está el escucharlas e hilvanar las dispersas estrofas en busca de la mágica canción cuyo saber da a los hombres el absoluto poderío.

Rinde con tu voluntad y tu saber el querer de las cosas. Esplícales el compuesto de su divina esencia, que, complacidas, te venerarán en silencio y te enseñarán la lección ignorada por la generalidad de los hombres. Las flores te brindarán el incienso vivo de sus aromas, las estrellas se encenderán a tus miradas como lámparas de adoración, y la brisa suave, al pasar, abrirá el libro santo y mostrará a tus ojos asombrados el mantram del día, de acuerdo con el movimiento de los astros. Y recitados por tí al pié del altar divino, al ritmo de los cantos sacros, la inmensa multitud postrada repetirá con unción el eco...

Y acompañó con el gesto la última frase, extendiendo el brazo de izquierda a derecha, como abarcando la inmensidad.

Yamartha, inmóvil, con los ojos brillantes, devoraba la gracia regalada de aquella voz que sanaba la profunda herida de su alma. Sentía una sed creciente de sus palabras, un delirio plácido que estremecía las cuerdas más misteriosas de su ser, reteniendo la magia de sus ritmos sutiles.

Sus palabras tenían para él en aquellos instantes una nueva y profunda significación.

El Maestro callaba.

—Habla, habla, venerable, excelso—y atrayendo hacia sí la túnica del Maestro, la aproximó, inclinándose a sus labios reverentes.

El anciano Gurú, reteniendo en la forma selecta de la frase eufónica como la pompa de un manto de oro con que revestía la evocación de la verdad al éxtasis del discípulo, continuó con una templada exaltación que vibraba en una musicalidad etérea por las siderales ondas.

—Para llegar al pináculo de la suprema renuncia, debemos antes gozar el colmo de todas las conquistas. Sólo podemos renunciar lo que en totalidad poseemos. No nos es dable transcender el monte humano, mientras no hayamos oteado el panorama de la vida desde la cumbre álgida de todas las posesiones.

La absoluta renuncia implica la absoluta posesión. Así, el hombre debe conquistar la vida, subiendo lentamente la montaña del humano poderío y de las humanas dichas. El gran príncipe Gautama, a quien los dioses venerarán por los siglos de los siglos, renunció al mundo y al amor en sus más altas y tentadoras ofrendas cuando le sonreían con las sonrisas más halagantes y prometedoras.

La indiferencia mostrada en el trance del camino es enfermedad del alma. Debemos recurrir para sanarla a los estimulantes que la vida misma, previsora, nos ofrece.

El que hayas saludado la exelsa aparición de verdades más elevadas y acuerdes tu vida al son de sus preceptos, no implica en manera alguna despreciar los viejos métodos de información, como podemos llamar a las corrientes fases de la vida que allegan experiencias al espíritu.

El que abandona por despreciable el fruto de una experiencia donde se nutre el ego de los demás, olvidará la gracia que en su día le prestaron, y tarde o temprano tendrá que recorrer otra vez la ruta abandonada, para apreciar su bondad y sus valores.

El hombre debe aprender a dejar la vieja casa que lo cobijó de niño, besándola y bendiciéndola. Todo es grato, todo es bello, todo es útil y amoroso a los ojos del ser sapiente.

Cada estado peculiar de las conciencias del mundo debe tener

para nosotros el tierno recuerdo de una morada donde nos cobijamos un día.

Así, el verdadero discípulo pulsará hábilmente todos los resortes de la lira vital, para mantener viva su perpetua enseñanza mientras aun es hombre, y su poderío como ser experiente dependerá de su ejercicio y práctica constante en toda la infinita abarcación de sus progresivas modalidades.

La fuerza del ente superior proviene precisamente del completo conocimiento de las cosas que nos circundan, para valerse convenientemente de ellas según el giro de las externas circunstancias.

Puede cantar la misma canción en la gama que quiera, al son de los divinos o de los mundanales temas.

La sabiduría infinita de los grandes Agentes creadores nos dotó de un instrumento de teclado infinito que puede formular el acorde de las gracias divinas en un infinita sucesión de octavas.

Busca las resonancias allá en lo más hondo de tu instrumento armónico, en las graves octavas de tus groseros apetitos, y trascendiendo a las modulaciones agudas, verás que Kama, el angel rojo, arroja sus vestiduras sangrientas para vestir el violado manto de la suave y etérea deidad de la ternura.

La pasión fogosa trocaráse en el balbuciente mimo de un niño que llora de amor.

Y dulcemente conquistarás el corazón secreto de la Madre eterna y serás el hijo sabio y bueno, digno de sus herencias y de sus caricias.

Despierta, Yamartha, mi discípulo predilecto.

Levántate, sé valeroso. Abre las puertas de oro, penetra en el seno caliente de la vírgen sagrada, y vierte sobre el mundo doliente el nuevo don de la paternidad que florecerá en tí con un desbordamiento de amor, y sé padre digno de todas tus creacíones...

Y deslizó por la espalda del discípulo su mano pálida, rodeando sus hombros potentes con su brazo tendido, mientras el alentar del discípulo precipitábase con un poder creciente.

— Mira, mira en torno tuyo la vida que te solicita,—continuó más insinuante, más quedo — Escucha lo que quiere de ti. Es la niña indefensa, la huérfana eterna. En nombre de lo más sagrado, ámala, discípulo, con todas las fuerzas de tu alma ardorosa.

La naturaleza es el templo de los devas, y todas sus vivientes maravillas los grandes símbolos de sus sabias fórmulas.

Las mismas manos dévicas esculpieron al correr de las edades, los signos vivos de toda la creación.

Aprende a descifrar el divino alfabeto con la clave dorada de la belleza que sientes. Y las innúmeras lápidas de sus muros serán entonces cantos para ti.

Colora tus pupilas con el brillo de los pasados días. Los mismos encendidos tonos del muriente crepúsculo renacen trascendida la noche con el albor del siguiente día.

Arrójate, canta, sueña, delira, sonrie y ama.

La sonrisa es el cetro poderoso del espiritual dominio.

Aprende de las flores: ellas poseen el secreto devocionario de las risas infantiles. Míralas, Yamartha, tiernas, dulcísimas y acrisoladas. Ahora, duermen como tú; dormís entreambos en la noche de la inconciencia.

Pero en cuanto huyan del cielo las sombras nocturnas con el saludo del día, se abrirán sonrientes al amor de sus cálidas gracias.

Sean para tí un tierno señuelo las florecillas de invitación.

Ya presto apuntará el día en el brumoso límite del firmamento de tu alma. Ya veo asomar los primeros albores en la negra noche de tus ojos de loto, Yamartha, hijo mío...

Que cuando cante en el cielo su triunfo con sus ígneas esplendencias la venidera aurora, renazca la exaltación de tu espíritu de fuego en el dia sin ocaso de Ananda, la perdurable Bienaventuranza.

Un suspiro largo, angustioso, truncado por espasmos, semejante a un alarido, rompió la ola de creciente emoción en el pecho de Yamartha, estrellándose en la playa del sereno bosquecillo. Apretó los párpados, oprimiendo las lágrimas que saltaron triunfantes como nectar de gloria, y postrado sobre la tierra que oprimía con un abrazo delirante y frenético, rompió en sollozos.

Era la alborada del magno día...

Mirole el Maestro sonriente, con una sonrisa de iluminación que condensaba el más puro amor de la tierra. Humedeciéronse sus ojos claros, y elevando la súplica de sus brazos santos en éxtasis de ofrenda y de invocación, pronunció temblando :

— Que los cuatro Regentes de la Tierra desciendan de la cumbre del monte Sumerú y te den a beber el amrita de bendición en sus copas de oro.

Y descendiendo la gracia de sus manos pálidas sobre los enmarañados bucles de la cabeza del discípulo, le bendijo.

En el silencio espectante de la naturaleza pasmada, el árbol baniano, como la encarnación del eco inefable de la creación sumisa a la bendición del puro, bajó sus ramas temblorosas como los dedos de unas manos inmensas, hasta rozar el suelo, y también bendijo....

Y la luna brilló más, ornamento del cielo, y las hierbecillas lloraron de alegría, y las fuentes aplaudieron haciendo sonar en los saltos de agua sus platillos de plata y las flores prosternaron sus cabecitas tocadas al canto divino que modularon las brisas....

* * *

Bajo el misterio del manto obscuro, a la lumbre pálida de la luna llena, gema selecta del joyel del cielo, el anciano Gurú, caminaba penosamente apoyado en el robusto brazo de su discipulo Yamartha.

El caminillo serpenteante torcía sus recodos caprichosos entre la verde sábana del prado. A lo lejos, en el delgado remate del atajo onduloso, un fulbo rojizo denotaba las luces del hervidero nocturno de la ciudad velante, envolviendo las viviendas con su halo impuro. Solo las cúpulas enhiestas de las pagodas simbólicas, trascendiendo el azul, lucían a la luz de la luna sus escamas plateadas....

La reina del cielo azuleaba el paraje solitario con un tinte de agradable placidez. Y seguía al grupo, perenne testigo de la escena pasada, avivando el recuerdo. Paráronse ambos caminantes, silenciosamente, bajo el influjo encantado de la nocturna paz.

La hermosa cabeza erguida del discípulo, contrastaba en brillo y obscuridad con la tez mate del Maestro pálido bajo la albura del turbante. Su manto al desgaire mostraba la anchura de su pecho moreno en el rítmico mecer de la respiración.

Miró al cielo, y bajo el influjo de la combea pupila del infinito, amorosa y clara, dulce y prometedora, languidecieron en silencio sus grandes ojos de loto....

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.





"ON THE WATCH-TOWER"

(EN LA ATALAYA)

Varios párrafos de esta sección de "The Theosophist" de Octubre de 1922.

THE Theosophist» y su Editora [1] entran hoy en un nuevo año de vida. «The Theosophist» deja tras sí cuarenta y tres años y entra hoy en su Vol. XLIV. Su Editora ha cumplido setenta y cinco años de su presente vida y desea cordialmente a los menores que ella una vida mucho más larga que la suya. Hubo en su existencia un período crítico en que Mr. Richard Harte y el Dr. Hartmann minaban los fundamentos mismos de la Sociedad Teosófica y H. P. B. amenazaba con romper sus relaciones con Adyar. Pasó este peligro gracias a sus ocultos Fundadores y se desvió el amago de ruptura entre el Mensajero de la Logia Blanca y el Presidente Fundador. La fundación de la E. S. [2] por H. P. B. dió un núcleo estable a la S. T., compuesta, como se halla, solamente de los que reconocen la existencià de los Hermanos Mayores de la Humanidad, que enviaron Su Mensajero, H. P. B., a proclamar una vez más las Verdades Esenciales de la Sabiduría en forma conveniente para la época. Desde entonces todo disturbio importante de la Sociedad ha surgido dentro de este cuerpo, que ha sido siempre el blanco contra el que se han arrojado los dardos de los supuestos destructores de la Sociedad Teosofica. Aunque desde que H. P. B. la creó, se han empleado contra ella todas las armas que la habilidad más refinada haya podido confeccionar, todos los asaltos han fracasado, y la Sociedad ha seguido su camino fiel y fuerte. Allá, en los primeros días, cuando eran pocos los amigos y los censores muchos, se dijo ya que la Sociedad no perecería mientras permaneciesen en ella tres que fuesen dignos de la bendición de nuestro Señor. Su permanencia está asegurada desde hace mucho tiempo; y mientras los que la

(1) Annie Besant. (N. del T.)
(2) Esoteric School (Escuela Esotérica). N. del T.

abandonaban la declaraban muerta, ha ido haciéndose cada día más fuerte y vital. Es como la Cepa Viviente de que habló el Cristo. Pueden separarse del tronco las ramas muertas, pero con el único fin de que dé más fruto. Nadie puede matarlo; no puede herírsele de muerte. Como antiguo caballero, cabalga siempre adelante, triunfante y buscando triunfos, y todas las armas forjadas para asesinarla sólo consiguen abollar su escudo.

* * *

Una prueba del gran valor del reconocimiento de la Fraternidad me llega de la Sociedad Nacional Alemana, que acaba de celebrar su asamblea anual. Mientras las Grandes Potencias van celebrando conferencias para la reconstrucción de Europa y fracasando por mutuas desconfianzas y aun odios, viene un cablegrama de este Congreso Toosófico diciendo que nueve Secretarios Generales de otras tantas Sociedades Teosóficas, reunidos en dicha Asamblea de Hamburgo, envían un saludo afectuoso. Entre éstos se encontraba el Secretario General de la Sociedad Teosófica de Francia, la Francia de los crueles sufrimientos, de las terribles devastaciones. Alsaciano él, luchó en el ejército francés durante toda la Gran Guerra, después de haber vivido desterrado de su provincia desde la guerra Franco-Alemana de 1870. Así triunfa la Fraternidad contra el dolor. También me causa verdadera satisfacción la reelección de Herr Axel von Fielitz-Coniar para Secretario General de la S. T. de Alemania. Se mantuvo fiel a los principios teosóficos a través de todas las pruebas, y con ello se ha enriquecido con nuevas fuerzas para proseguir.

* * *

A la claridad del sol sigue la sombra de la nube, y al sol de la fraternidad teosófica en Europa ha seguido la nube de la pérdida de uno que ha trabajado bien por la Sociedad: B. P. Wadia. Durante algunos años ha ido soltándose poco a poco de sus antiguas amarras hasta que por fin, ahora, ha roto el vínculo. En este número va como suplemento el manifiesto que dirige a sus colegas y a los miembros de la Sociedad Teosófica, para que la exposición de sus razones para separarse de nosotros llegue a todos nuestros lectores. Después de trabajar tanto tiempo con él, no puedo menos de desearle bien en el nuevo camino que ha elegido. Ya en tiempo de H. P. B. los desertores decían que los Maestros habían abandonado a la Sociedad y a ella; y, sin embargo, se ha extendido y ha llevado la Luz a muchos millares de individuos. Sólo bien puede proporcionar el estudio de las obras de H. P. B., pero ella sería la última en desear que se trocaran en una barrera que nadie pudiera traspasar. La verdad no evoluciona, pero sí nuestra ma-

nera de entenderla; cuanto más ascendemos por la ladera de la montaña, mayor es la extensión del paisaje que se ofrece a nuestra vista. Agraviamos a la Portadora de la Luz si tomamos las verdades descubiertas por ella por fósiles desenterrados del pasado para llevarlos envueltos en una servilleta hasta el tercer cuarto del siglo xx y la venida de otro Mensajero de orden inferior que el Instructor del Mundo. Es característico en este género de actitudes la recepción que, como se dice en el «Hombre» se hizo al Señor Vaivasvata al volver donde los que había dejado atrás. La naturaleza humana se repite. Los que—cada vez somos menos—conocimos a H. P. B. y nos penetramos algo de su espíritu no somos capaces de «convertir el Pan de Vida» que nos dió «en piedras para arrojarlas» a los que difieren de nosotros.

Cuando alguien nos abandona, podemos quedar agradecidos por la buena labor que ha realizado mientras estuvo con nosotros y regocijarnos de que han participado con nosotros del estudio de las grandes verdades teosóficas y las llevan consigo al dejarnos para tomar otro rumbo en la labor. «Tengo otras ovejas» dijo el Cristo «que no son de este redil», y también «Dios se realiza de muchas maneras». Un hermano no deja de serlo por trabajar en un campo que no es el nuestro. y sólo hay una Vida, de la cual participamos todos.

En este número empezamos a publicar una serie de retratos de los Secretarios Generales que tenemos en la lista, cada vez más nutrida, de nuestras Sociedades Nacionales, y nos congratulamos de haber podido obtener el de Willian Quan Judge, amigo y discípulo muy amado de H. P. B. y por mucho tiempo el canal de vida de la Sociedad Teosófica en América. Un hombre altamente evolucionado, de comprensión profunda de las verdades más profundas de la vida, él formó la Sociedad en América desde su insignificante comienzo, capaz de desalentar a cualquiera. Ní las dificultades le arredraron ni los aparentes fracasos extinguieron su ardiente devoción. Cuando se separó de la Sociedad, casi todas sus logias americanas le siguieron, fieles a aquél por cuyo conducto alboreó en sus vidas la Luz de la Teosofía. La actuación del sucesor fué distinta de la suya, y el número de las logias fué disminuyendo poco a poco y han debido ya de extinguirse. Es trágica la desaparición de su obra magna, del país a que él dió su vida; pero su labor no se ha perdido. El pequeño fragmento de la Sociedad que quedó, echó profundas raíces en el suelo americano; y hoy es un árbol frondoso.

* * *

Acaban de decirme por cable desde Sidney que la cruel tentativa de enredar al obispo Leadbeater en la trama de sospechas

basadas en el innoble intento de Mr. Farrer de cubrir su maldad con acusaciones contra otros y repetido por Mr. Martyn en una carta dirigida a mí y ampliamente esparcida por América y fuera de ella — según él, no con su consentimiento, sino por traición de uno de sus amigos a quienes la enseñó, por más que a mí me la calificó de privada — ha fracasado. Ni siquiera Mr. Farrer se atrevió a acusar a Mr. Leadbeater en sus monstruosas alegagaciones, sino que los agresores, faltos de todo escrúpulo, con insinuaciones e indirectas se dieron maña para dar circulación a la idea de que estaba envuelto en algo sombrío. Los alaridos de *Daily Telegraph* de Sidney, sus columnas de cartas llenas de maliciosas, crueles reticencias con repugnantes blasfemias contra los Santos Rishis que fundaron la Sociedad Teosófica, consiguieron impeler al Ministro de Justicia a una *investigación*. Los ataques principales de Mr. Martyn fueron dirigidos contra el obispo Wedgwood; y presumo que éste fué envuelto en la investigación. En todo caso, los *delatores de los heımanos* han fracasado y el Procurador de la Corona ha declarado qne no hay pruebas suficientes para obtener una convicción de ningún cargo. El Abogado del Estado dió su opinión de que las pruebas aportadas no justifican la substanciación de ningún procedimiento criminal. Esto, después de meses de bucear en el fango con la vana esperanza de injuriar a un hombre honrado, es el derrumbamiento de la serie más inícua de calumnias. No podía resultar otra cosa de llevar a la jurisdicción de los letrados chismes y calumnias de tanta maldad. Tales calumnias únicamente pueden pesar sobre personas que, sin ninguna preparación legal ni concepto de una prueba, se arrogan la función de jueces. Toman la confesión de un crimen ajeno como *testimonio* y aceptan un rumor por una *prueba*. Por esto decía yo que el que tuviese alguna prueba del crimen debía entregársela a la Policía para que la persona acusada pudiera ponerse bajo la protección de la ley. De otra manera, se cometeria una gran injusticia y la reputación de cualquiera podría mancharse por charlas ociosas o maliciosas. Es sano el precepto antiguo: «No juzguéis para que no seáis juzgados; porque con la misma medida con que midiereis seréis medidos también vosotros».

(Traducido por Juan Zavala).



NOTICIAS

Como consecuencia loabilísima de la visita de la señora Besant, se ha creado recientemente en Clifton, cerca de Sidney (Australia), una comunidad teosófica. The Manor, como llaman al vasto edificio comunal, consta de unas 50 habitaciones, lo rodea un vasto jardín en forma de terraza, en el que canta un surtidor las alegrías del agua, y desde donde se otea el panorama esplendente y único que ofrece el puerto natural de Sidney.

En la poética mansión habita el Sr. Leadbeater acompañado de doce familias que laboran unidas para el bien del ideal. En derredor de la mansión céntrica, se construyen moradas particulares formando la ciudad teosófica del porvenir.

* * *

En la noche del 21 de noviembre dió nuestra joven hermana María Solá una conferencia pública en el Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona para propagar los fines de la recientemente creada Institución catalana «Jove Atlántida» (Joven Atlántida).

Propónese esta Institución infundir en el corazón de la juventud la llamada a la nueva vida aplicando con amplitud los principios teosóficos en las expansivas necesidades de la adolescencia bisexual, enalteciéndola deleitándola, cual suspiraba Horacio, y volviéndola a la fuente de la pureza perdida en un florecer armónico de cualidades enaltecedoras para rendirlas siempre, como sonriente ofrenda, al servicio de la humanidad.

Volver la escénica a los purificadores cauces de la Grecia antigua, madre del Arte, retornar la danza degenerada al clasicismo oriental, infundir sangre nueva al cuerpo decrépito de las aplicadas artes depauperadas, el cuento, la novela, el plasticismo en sus múltiples aplicaciones, etc. Desgarrar a los ojos del joven la venda del dogma enseñándole el racional esoterismo hermanador de todas las religiones, con un culto sencillo y riente a la verdad, estudiar la naturaleza material y espiritual del hombre y la originaria constitución de la tierra, y desenvolver, en fin, integralmente, las posibilidades latentes del hombre que ama la vida creada en todas sus múltiples manifestaciones.

Tal es el vasto programa que presenta «Jove Atlántida» a la joven humanidad de Cataluña, de España y del orbe entero y que expuso clara y hermosamente al numerosísimo auditorio barcelonés, en su nombre, María Solá.

* * *

El Secretario General de la Sección Española, D. Julio Garrido, aceptó formar parte del Consejo de «El Loto Blanco» donde con más amor y ahinco, si cabe en la sabida laboriosidad que caracteriza al abnegado servidor de la causa teosófica en bien del despertar espiritual de España, propónese trabajar en esta Revista desde ahora. Podemos felicitarnos.

* * *

La «Rama Arjuna» de Barcelona con el fin de dar la mayor y más armónica expansión a las actividades, cual corresponde en deber al creciente número de sus miembros, ha organizado en autónoma constitución y forma de propaganda, tres grupos: el «Científico» compuesto como nucleolo además de varios adheridos, de los Doctores D. Juan Bertrán, D. Miguel Gaudier y D. Narciso Mora. El «Artístico» por D. Attilio Bruschetti, Sta. Pepita Maynadé, D. Arcadio Rosés y D. Juan Coll y March y el «Literario» por D. Federico Climent Terrer, Srta. Pepita Maynadé y D. Raimundo Arnés.

* * *

Lo que hacen en París. Leemos en el *Lotus Bleu* de Octubre:

Durante la última primavera «Le Message Theosophique» organizó en París una serie de conferencias de propagación teosófica. El éxito de esta iniciativa derivó de que respondía a una verdadera necesidad y nuestro excelente colega se propone reanudarlas este invierno. Para este objeto cuenta con el concurso de teósofos eminentes, con ayuda de los cuales llevará a diferentes barrios de París estas enseñanzas. No trata de exponer la Teosofía a la atención pública forzándola artificiosamente, sino dando oportunidades de proximidad a miles de personas que por escasez de tiempo y excesiva distancia a Square Rapp no pueden conocer las enseñanzas teosóficas que algunos centenares aprovechan asistiendo a las que se dan allí en nuestro cuartel general, las cuales precisamente son punto de apoyo para ampliar después conoci mientos que a todos son necesarios. Por eso nos incumbe evidentemente ir hacia ellos, ya que ellos no pueden venir hacia nosotros.

La última conferencia de «*Message*» tuvo lugar el 23 de Noviembre a las 20 h. 30 de la noche en la Sala de la Sociedad de Geografía, 184, Bulevar Saint Germain, París, donde *M. G. Chevrier habló acerca La Teosofía y la vida del hombre.*

* * *

Podrá interesar a los M S T el siguiente extracto de una nota publicada por la Dra. Amie Besant en el diario «New India»:

«De todo corazón doy las gracias a las Secciones, Asambleas Anuales, Federaciones y Ramas de la Sdad. Teosófica por las afectuosas salutaciones que me han mandado al cumplir los 76 años, y la expresión de su entera y cariñosa confianza en mi dirección de la Sociedad... Solo pido que pueda continuar siendo digna del amor y confianza que tan generosamente derraman sobre mí, y que en los años que me restan de vida mortal pueda llevar a cabo una labor y un servicio todavía mejores que hasta ahora.

* * *

En el presente número regalamos a los suscritores una «Invocación» dedicada a los miembros de la «Orden de la Estrella de Oriente» musicada por el compositor D. Attilio Bruschetti con una adaptación poética de D. Vicente Cirujeda Roig.

Otro de los muchos resultados de las filantropías del Sr. Buschetti.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"Catecismo de la Obrera" por Attilio Bruschetti.

El incansable autor de «Ciencia Práctica de la Vida» y de «Angel Femenino» dedica hoy a la obrera de habla española un bello opúsculo. La idea del folleto puede sintetizarse en la descripción de una escena vivida, puesto que es en realidad un pedazo del generoso corazón del autor injertando su amor palpitante en el corazón de la obscura y humilde trabajadora.

D. Attilio, con su porte sencillo y su faz sonriente, mira desfilar, a la hora de la salida de los talleres, de los despachos y de las fábricas, una multitud abigarrada de mujeres débiles, acobardadas por el precoz desengaño de una vida sin horizontes hacia el camino de la nada, del sacrificio estéril o de la perdición. Se acerca a ellas el maestro de las ternuras y de las bondades y des-

lizándose por entre el cortejo de las jóvenes maduradas por las duras exigencias de la vida, besa una a una sus frentes tristes...

Aquellas que pasaron por su vera, ya alborozan a lo lejos, rien a la vida que les sonrie por la magia de la sonrisa plasmada en un librito que tiende un cable de oro al lodazal del mundo para elevar a la obrera obscura a la dignidad augusta de su clase vindicada ante el cielo claro de una vida nueva dándole los medios para su conquista.

La bandera tricolor sostenida por un hombre que ama a la humanidad ondea en los aires del ideal...

Incluimos un folleto en cada número de nuestra revista. Quien tenga medio de propagarla provechosamente, que lo solicite de la Biblioteca Orientalista, apartado 787, Barcelona.

* * *

"El Cántico de las Razas" por Francisco Alcañíz.

D. Francisco Alcañíz, miembro de «Rama Arjuna». ha editado un librito de unas ciento diez páginas glosando las enseñanzas dadas a todos por los maestros en Teosofía dispersas en la vasta literatura teosófica. Hijo de paciente y amoroso estudio, presenta el Sr. Alcañíz el fruto de su trabajo, poniendo al alcance de todos la descripción del lento evolucionar de las razas al través de los siglos en forma poémica, cantando los elementos que las han modelado desde el nacimiento de la tierra.

En una palabra: las ordenadas descripciones de la cosmogonia esotérica enlazadas por el sentimiento del autor.

D. Federico Climent Terrer prologa la obrita.

* * *

"Desde un rincón de Anahuac" por Agustín Ponte y Blanco.

Hemos recibido con una cariñosa dedicatoria las «Conferencias Ocultistas» dadas, recopiladas y editadas por el Sr. Ponte y Blanco. El modesto autor las dedicó habladas a los oyentes de una población rural del bello país mejicano. Ahora, impresas, como una «misteriosa seña que habrá de despertarlas», las dedica a las «almas dormidas» que atraviesan el mundo, dichoso si, subyugadas por el alto y poderoso volar de sus páginas, puede conducir el vuelo de esas almas hacia la luz de la verdad.

Reciba el hermano lejano nuestra felicitación si le estimula a proseguir en su labor divulgadora.

(Amsterdam) 16 de Noviembre 1912.

Mi querido colega:

Como la proposición de reunirse regularmente el Consejo de la Federación ha tenido la aprobación general, podría verificarse la próxima reunión en Londres sobre el 20 de Enero, proponiéndose que se dedique principalmente a la discusión de una Casa Editorial Teosófica unida para Europa.

Con objeto de que esta reunión sea la más fructífera posible, ruego a V. me envíe de antemano: 1.° Todos los informes que pueda darme sobre la casa editorial de W., si tienen alguna; 2.° Una lista de los libros que W. publican y de los que venden, y también de donde se procuran estos últimos; 3.° Todos los informes que puedan ser útiles a los demás.

Si puede V. encontrar medio de añadir un plan práctico para la formación de una Empresa Unida de Librería en todas las secciones europeas, esto podrá facilitar mucho las discusiones y favorecer el éxito de la reunión.

Desearía tener su opinión sobre esta cuestión: ¿Debemos invitar como conferenciantes para el próximo Congreso sólo a M. S. T., o debemos también incluir en nuestra lista autores eminentes cuyas obras muestren que están de acuerdo con los ideales teosóficos, aunque no sean M. S. T.?

¿Tendría V. la bondad de publicar la noticia adjunta en la próxima salida de vuestra revista seccional?

De V. affmo. con fraternales saludos

C. W. Dikjgraaf.

Sr. D. Julio Garrido. — Mahón.

* * *

8.° Congreso de la Federación de Sociedades Teosóficas de Europa de la S. T.

Viena, Julio 21-26 de 1922.—Konzerthaus de Wien

Con objeto de tener una hermosa cubierta para el programa y una insignia adecuada, invitamos a todos los artistas de todas las secciones, a que nos envien sus bocetos, si es posible antes del 15 de Enero 1923. Los que no sean elegidos, se expondrán durante el Congreso en una Exposición que se organizará en las salas de entrada del Konzerthause. Los artistas que quieran exponer sus obras son invitados a que envien sus nombres y número de objetos lo antes posible, a Herrn Dr. Walther Klein, Piaristengasse 62, II.—Viena, VIII, (Austria).

Imprenta de Juan Sallent - San Quírico, 32 y Jovellanos, 24 al 28 - Sabadell